

Nuevos y viejos movimientos sociales en perspectiva histórica

JESÚS CASQUETTE

Fair is foul, and foul is fair
SHAKESPEARE, *Macbeth*

EN la ya inabarcable literatura acerca de la acción colectiva desde abajo, una de las cuestiones que más polémica ha generado en las últimas décadas ha sido la referida a la novedad de los movimientos sociales surgidos del ciclo de protesta de la década de 1960. En un ejercicio no exento de simplificaciones de bulto y reduccionismos necesarios en aras de la claridad expositiva, podemos identificar a los sociólogos como los protagonistas de uno de los polos del debate, precisamente el de los defensores de la novedad de las formas de acción colectiva contemporáneas o, en expresión de amplio predicamento, el de los «nuevos» movimientos sociales (NMS); en el otro extremo del debate, encontramos sobre todo a historiadores y a sociólogos históricos, defensores ambos de una perspectiva del cambio social de más largo alcance a quienes cualquier referencia a la novedad del ciclo movilizador después de la Segunda Guerra Mundial provoca una indisimulada sonrisa. Huelga explicitarlo, la polarización entre ambas disciplinas no pasa de ser una táctica expositiva que tiene mucho de artificial y simplista, pero que no obstante presenta la virtualidad heurística de ayudarnos a despejar el panorama y entender un poco mejor los términos en que se ha desarrollado el debate o, más precisamente, por qué no se ha entablado debate alguno y, en su defecto, hemos asistido a un diálogo de sordos.

Entre los historiadores, toda referencia a la novedad de las formas recientes de movilización protagonizadas por estudiantes, defensores de los derechos humanos (de las minorías étnicas, habitantes del tercer mundo...), ecologistas, feministas o pacifistas ha desencadenado de inmediato la búsqueda en los anales de la historia de argumentos que maticen o desmientan cualquier rasgo inédito en los temas, formas de acción y de organización, baso social o valores prototípicos de los movimientos sociales mencionados. La mera sugerencia de la novedad de los NMS no sería sino una prueba más del profundo desconocimiento de las claves de la

evolución de las sociedades que aqueja a los sociólogos. Al ignorar el «coeficiente históricos» (Stzompka, 1995) inherente al proceso de cambio social, continúa el reproche, los sociólogos mostrarían un marcado sesgo a etiquetar como nuevo aquello que, sólo en apariencia, representa una ruptura sustancial con el pasado. En otras palabras, la preocupación obsesiva por una instantánea descontextualizada de la película de la evolución histórica impide a los sociólogos relativizar el alcance de la novedad y les empuja a aislar rasgos rupturistas donde no hay sino continuidad histórica.

En lo que sigue, repasaremos algunos de los rasgos de la acción colectiva contemporánea aducidos como innovadores por los defensores de la novedad de las formas presentes de acción colectiva. En el siguiente epígrafe, centramos nuestra atención en el aspecto analítico crítico que nos servirá para matizar la originalidad de las movilizaciones surgidas del ciclo de acción colectiva de la década de 1960, al tiempo que nos ayuda a delimitar la categoría de movimiento social frente a otros actores colectivos como son los partidos políticos y los grupos de presión. Nos referimos a lo que denominamos «estrategia dualista» de los movimientos sociales. En la argumentación de estos nos remitiremos a una muestra minúscula de la evidencia histórica disponible.

LAS CARACTERÍSTICAS NOVEDOSAS DE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Podemos acotar los términos en que se ha venido desarrollando durante los últimos años el debate acerca de la novedad del modo siguiente. Al referirse a la originalidad de la acción colectiva protagonizada por los movimientos surgidos del ciclo de protesta de los años sesenta, sociólogos e historiadores hacen referencia a dos significados que se confunden y entremezclan demasiado a menudo en la literatura especializada. En tanto que, por un lado, los historiadores tienden a subrayar que las supuestas características inéditas responden en realidad a un atributo de todos los movimientos sociales en su fase formativa, en el momento en que se encuentran en *status nascendi*, sus colegas los sociólogos insisten en interpretar las movilizaciones que han vivido las sociedades occidentales a partir de los años sesenta como un reflejo (o, más bien, indicador) de una serie de transformaciones estructurales que están atravesando las sociedades capitalistas avanzadas, en particular las metamorfosis en las relaciones de clases y en las lógicas específicas de la producción y reproducción social. Los primeros toman la historia en serio, planteamiento que les induce a abrazar una postura que podemos denominar como «nuevo-es-céptica», los sociólogos, por su parte, insisten en la tarea especu-

lativa acerca del significado de los movimientos sociales en la fase actual del desarrollo social —la clave a su juicio para entender la originalidad de los NMS—, pero a costa de soslayar la historicidad de los procesos sociales. Ambos están dando un contenido diferente a la idea de la novedad. Difícilmente, pues, puede llegarse a un acuerdo al respecto y comprobar las ventajas del diálogo interdisciplinar cuando sociólogos e historiadores están haciendo referencia a distintos significados de la novedad.

En cualquier caso, lo cierto es que nadie parece negar a estas alturas del debate la existencia de precedentes históricos tanto de los contenidos vehiculados por los actores colectivos etiquetados como nuevos (paz, ecología real de ciudadanía, entre otros) como de otros comúnmente asociados a la acción colectiva contemporánea (como por ejemplo la querencia por formas de acción no convencionales, su organización informal y descentralizada o los valores postmaterialistas de que son portadores). Ahora bien: los defensores de la novedad insisten en que las similitudes son sólo aparentes y que la orientación y significado de los movimientos actuales es cualitativamente diferente en el marco de las sociedades programadas (Touraine), complejas (Melucci), postfordistas (Mayer y Reoth), de capitalismo tardío (Offe) o de la información (Melucci, Castells). Para estos autores mencionados y otros intérpretes de las sociedades contemporáneas sigue resultando plenamente oportuna la taxonomía entre viejos y nuevos movimientos sociales. Así por ejemplo, uno de los autores responsables de la introducción de la novedad en el discurso sociológico sobre los movimientos sociales, el italiano Alberto Melucci, insiste en que la novedad no se cifra en la existencia de precedentes históricos de los movimientos sociales, sino más bien a la función de célula sensible que cumple la acción colectiva contemporánea al hacer aflorar a la superficie la lógica oculta de funcionamiento de los sistemas de dominación de que se sirve la sociedad en su penúltima fase de desarrollo (Melucci, 1996).

El atributo de la novedad es un término relacional por definición. La única manera de que adquiera sentido es confrontándolo con lo viejo. Por un lado, las movilizaciones efectuadas durante las últimas décadas bajo las banderas del ecologismo, el pacifismo, el feminismo o los derechos de las minorías servirían de epíteto de lo nuevo; por otro lado, el movimiento obrero, el movimiento social con una experiencia sostenida y una capacidad de movilización de recursos humanos, materiales e ideacionales inmensamente superior a los de cualquier otro movimiento social a lo largo de la historia, sería el exponente del viejo movimiento, de todo aquello que a estas alturas de la historia se encuentra periclitado. Su carácter caduco, sin embargo, resulta ininteligible si no es desde evaluación estrictamente ideológica. En efecto, habida cuenta de

su práctica cada vez más acomodaticia y de su probada incapacidad de contestar críticamente al sistema capitalista o, como afirma Melucci, de ofrecer una «dimensión antagonista al conflicto» (1996: 7), el antaño revolucionario movimiento obrero ha capitulado definitivamente y se ha convertido en partícipe del juego distributivo y, por lo tanto, en una pieza indispensable para el adecuado funcionamiento del sistema. Por su parte, los NMS, surgidos en un contexto de opulencia material, representarían el nuevo sujeto histórico llamado a trascender el modo de producción capitalista o, más modestamente, una de las pocas referencias fiables para intervenir en la «historicidad» desde planteamientos progresistas y reorientar de este modo el rumbo de las sociedades occidentales en aras de una mayor justicia social (Touraine, 1978, 1999)¹. Su propósito último, en metáfora certera de Offe, estribaría en plantear un desafío de profundo calado cultural, político y social que «no se refiere al precio, sino a la moneda con que pagar cierto precio» (1988: 168).

Distintos han sido los aspectos en que se ha cifrado la novedad de los movimientos sociales contemporáneos a partir de los años 60². De entre ellos podemos destacar los siguientes:

a) Primacía de la búsqueda de la identidad. A juicio de los defensores de la novedad de los NMS, los ejes de conflicto económicos y políticos, objeto de la lucha colectiva del movimiento obrero, van perdiendo progresivamente su relevancia en favor de

¹ En el estudio más exhaustivo acerca del clima social, económico, político y cultural que posibilitó la efervescencia de los años 60 (una «década larga» que cubriría desde 1958 hasta 1973-1974), Marwick defiende una idea que relativiza el grado de significación histórica de la «revolución cultural», pues tal es a su juicio la esencia de lo que aconteció en esos años, cuando se produjo una transformación en las condiciones materiales de existencia, los estilos de vida, las relaciones familiares y en la concepción de la libertad personal para una gran mayoría de la gente corriente: «a mi juicio, el verdadero significado de los 60 no radica en las actividades de las minorías, sino en lo que le ocurrió a la mayoría, y en cómo ocurrió» (1998: 15). Ahora bien, puntualiza Marwick, «es importante no exagerar la amplitud del cambio, ni tampoco su novedad. No todos los aspectos de los 60 que he discutido eran radicalmente nuevos; lo novedoso fue que tantas cosas ocurriesen a la vez» (ibíd.: 803). Así pues, la novedad no radicaría tanto en las peculiaridades intrínsecas de los portadores de la revolución cultural, los movimientos sociales a que venimos haciendo referencia, cuanto en una configuración de circunstancias más complejas catalizadoras necesarias para que se produjese un resultado revolucionarios.

² Véanse las siguientes referencias: Touraine (1978), Melucci (1994, 1996), Offe (1985), Scott (1990), Dalton y Kuechler (1992), Cohen y Arato (1992), Calhoun (1993) y Casquette (1998). Otros autores han acuñado la expresión de «movimientos libertarios de izquierda» para referirse a esta «familia» de los NMS (de la Porta y Rucht, 1995).

otros ejes culturales y simbólicos que pivotan, en gran medida, alrededor de la identidad.

b) *Mobilización sin referencia específica de clase.* Los NMS, a diferencia del contraejemplo que ofrece el movimiento obrero, no movilizan a sus militantes y simpatizantes según su ubicación en la estructura social. Existe una unanimidad prácticamente absoluta entre los especialistas a la hora de apuntar a los sectores ventajosamente mercantilizados de la nueva clase media como la base social por excelencia de los NMS. Los miembros de dicha clase se caracterizan por poseer un capital de naturaleza cultural más que económica, lo cual les convierte en la fracción dominada de la clase dominante (Bourdieu, 1988). Desarrollan su labor en los sectores educativo, sanitario y administrativo, todos los cuales han visto incrementado su peso específico en la estructura productiva de las sociedades occidentales al amparo del estado de bienestar. Sin embargo, la posición de prominencia que ocupa la nueva clase media en las movilizaciones contemporáneas no significa que se trate de una acción colectiva específica de clase, en el sentido de que defienden intereses específicos, particularistas. Por el contrario, el medio ambiente, la igualdad entre géneros, la paz o la solidaridad con los desposeídos del planeta son todos ellos exponentes de bienes universales o públicos cuya consecución beneficiaría al género humano en su conjunto, y no sólo a quienes han participado activamente en su consecución.

c) *Carácter defensivo.* En sus orígenes decimonónicos, el viejo movimiento obrero anhelaba erradicar todo rastro de explotación mediante la trascendencia del sistema capitalista. Posteriormente, de manera balbuceante ya desde la etapa de la II Internacional con la aparición de posturas «revisionistas», y con carácter más abierto y extendido a partir de la Segunda Guerra Mundial tras el compromiso que inauguró el moderno estado de bienestar, las expresiones organizativas mayoritarias de la clase obrera (partidos políticos y sindicatos) se contentaron con una serie de conquistas sociales que confiriesen al capitalismo un rostro más humano. Los NMS, en contraste con la práctica seguida por el movimiento obrero, plantean desafíos al orden establecido más tangenciales y limitados en alcance. Ya no se trata de asentar las sociedades sobre nuevos cimientos sino, más modestamente, de conseguir una igualdad real y no sólo formal entre géneros y ciudadanos, un mayor respeto a las bases naturales de existencia, promocionar el diálogo como alternativa a la disuasión como principio directriz en el ámbito de las relaciones internacionales, etc. Todas estas reivindicaciones confluyen en su carácter defensivo frente a los embates de la modernización.

d) *Politización de la vida cotidiana.* Estrechamente relacionado con la búsqueda de agarraderos identitarios en «un mundo

sin hogar» y con su orientación defensiva se encuentra el argumento de que los NMS están activamente comprometidos, aunque no siempre deliberadamente, en la politización de la vida cotidiana en lugar de vocarse en plantear sus demandas ante las autoridades económicas y/o políticas. De acuerdo con este argumento, mientras que el movimiento obrero desde la postguerra se conforma con la consecución de ventajas distributivas y con la garantía de seguridad política y social, todo ello como pago a su aquiescencia y contribución al crecimiento económico sostenido y a la estabilidad política, los problemas que los NMS ponen sobre el tapete emanan de aspectos de la vida cotidiana, tales como la sexualidad o la igualdad efectiva entre géneros. Con anterioridad a su problematización por parte de los NMS, estos aspectos eran catalogados como relativos a la esfera privada del individuo. Ahora, y gracias sobre todo a la influencia del movimiento feminista, se generaliza la opinión de que «lo personal es político».

Estos son algunos de los rasgos alrededor de los cuales se ha argumentado el carácter innovador de las formas contemporáneas de acción colectiva y que han merecido la atención de los científicos sociales, sociólogos en particular. Pero hay otros aspectos relacionados con la novedad más susceptibles de ser contrastados con la evidencia histórica y que han sido puntualmente contestados en la literatura especializada. El primero de ellos tiene que ver con las formas de acción de los NMS; el segundo hace referencia a su modo de organización; el último rasgo en el que nos detendremos tiene que ver con la supuesta novedad de la globalización de actividades en cuanto característica de los movimientos de nuestros días. Guiados por la idea de que siempre resulta más factible acercarse al conocimiento del modo en que un movimiento social se organizaba o actuaba que, por ejemplo, interpretar su orientación peeminente o adentrarse en sus mundos ideológico y valorativo, nos detenemos a continuación con cierto detalle en los tres aspectos mencionados desde un punto de vista histórico.

Visión retrospectiva de las formas de acción colectiva contemporáneas

En la ciencia política actual constituye un lugar común distinguir entre la participación política convencional y la no convencional. La forma de participación convencional alude a aquellas formas de intervenir en el proceso político que se ajustan a las normas de ley y costumbre que regulan la participación bajo un régimen particular, sobre todo participar en campañas, efectuar contribuciones políticas, contactar con representantes o, la más importante de todas ellas en las democracias liberales de corte representativo, ejercer el

derecho y deber ciudadano al voto. Los modos no convencionales de ejercer la participación política, por su parte, no se avienen necesariamente con las normas de ley. Es más, a menudo la innovación en las formas de acción acontece en los márgenes de la legalidad. Algunas expresiones de este tipo de participación son las marchas y manifestaciones no autorizadas, sentadas, boicots, huelgas salvajes y actos de desobediencia civil. Se trata mediante estos modos de expresar públicamente, perturbando el orden establecido si ello fuese necesario, que un grupo social que carece de acceso rutinario a los canales de toma de decisión política cuenta con un respaldo ciudadano cuantitativamente importante, es lo suficientemente respetable como para merecer la atención de las autoridades, da muestras fehacientes de un compromiso inquebrantable y se mantiene cohesionado en la defensa de unos objetivos concretos (Tilly, 1995: 369, 1998: 467 y sigs.).

Según la interpretación más extendida, la que podemos considerar como visión «ortodoxa» en el seno de los defensores de la discontinuidad histórica, los NMS se singularizan porque intervienen en el proceso político movilizándolo a la opinión pública mediante «métodos legales (las más de las veces) aunque no convencionales» (Offe, 1988: 178). Desde esta perspectiva, pues, los NMS tratarían de influir en las autoridades y de persuadir a la sociedad civil de la sensatez y deseabilidad de sus planteamientos mediante métodos orquestados y escenificados al margen de las instituciones representativas y sancionadas como legítimas para transmitir las demandas emanadas de la sociedad civil al ámbito resolutivo de la política.

Sin embargo, esta perspectiva se estrella estrepitosamente contra la realidad movimientista presenciada en Occidente durante las últimas décadas. A la luz de la evidencia empírica derivada de diferentes episodios contemporáneos de acción colectiva, nos parece más plausible la hipótesis de la ampliación del repertorio de acción política, según la cual los NMS recurren, de modo flexible y simultáneo, tanto a formas convencionales como a no convencionales de participación. Según esta hipótesis, entonces, la política no convencional es una forma que complementa a la acción política convencional, pero que no la suplanta. Ambas parecen cohabitar sin complejos en los movimientos sociales, tal y como veremos en los ejemplos a continuación.

La práctica seguida por el movimiento ecologista durante el siglo xx es el primer ejemplo que esgrimiremos en apoyo de nuestra hipótesis. Tomando como base empírica la comparación entre dos conjuntos de conflictos medioambientales en Alemania (el primero activado por la construcción de dos centrales hidroeléctricas en los primeros decenios del presente siglo, y el segundo en torno a dos proyectos de centrales nucleares después de la Segunda

Guerra Mundial), Dieter Rucht (1992) llega a la conclusión de que existen oscilaciones notables en los modos de acción del movimiento ecologista según períodos históricos. En el caso del movimiento ecologista de principios de siglo, la lucha a favor del medio ambiente se basaba en el recurso a formas convencionales de participación, tales como peticiones a las autoridades, recogida de firmas, artículos de protesta en la prensa e incluso, aunque sólo como medio marginal de lucha, el recurso ante los tribunales. Los activistas del movimiento ecologista de la era postbélica, por su parte, se caracterizan porque no sólo recurren a las formas de acción de sus predecesores (peticiones, artículos, etc.), sino que también incorporan formas no convencionales como son las concentraciones de masas, actos que perturban el orden público (bloqueos, ocupaciones, etc.), e incluso acciones de carácter violento. Además, las discusiones entre expertos y las acciones judiciales acaparan un protagonismo creciente en los conflictos medioambientales de nuestros días. Así pues, del análisis de Rucht se desprende que el abanico de formas de acción del movimiento ecologista se ha ampliado, en el sentido de que a las formas de participación política convencionales típicas de épocas precedentes se han añadido otras formas no convencionales. Estas conclusiones serían generalizables, a juicio de Rucht, al movimiento ecologista contemporáneo de otros países occidentales y a toda la familia de NMS³.

El testimonio de Hanagan (1998a) parece acudir en apoyo de esta hipótesis que estamos intentando argumentar. El historiador norteamericano se ocupa de las relaciones que han establecido los movimientos sociales progresistas (pacifismo, feminismo y movimiento obrero) y los partidos políticos desde 1870 hasta nuestros días. La principal conclusión que se deriva de su análisis es que, lejos de tratarse de actores incomunicados, los movimientos sociales y los partidos políticos han establecido canales de diálogo (de intensidad variable según el momento) mucho más rutinarios, frecuentes y fluidos de lo que a menudo da a entender la literatura sobre NMS. Así, por mencionar a uno de los ejemplos a los que recurre el autor, el movimiento feminista activo durante el período comprendido entre 1870 y 1914 organizó marchas, peticio-

³ La progresiva acaparación de competencias medioambientales en el marco de estructuras políticas supranacionales, tales como la Unión Europea, ha motivado que el movimiento ecologista se dote de estructuras estables en Bruselas cuyo *modus operandi* en poco difiere del de los grupos de presión. Si alguna generalización es posible efectuar para el caso de este movimiento respecto a las evoluciones más recientes en sus formas de acción, ésta es la de su «convencionalización». Véase Rucht, 1996; Marks y McAdam, 1996, 1999.

nes, manifestaciones, sus integrantes se encadenaron en lugares públicos, además de otras formas no convencionales de participación, pero no es menos cierto que estableció lazos estables con los partidos progresistas de la época, obreros y liberales sobre todo⁴.

¿Hasta qué punto son válidas estas observaciones de Rucht y Hanagan para movimientos sociales de siglos anteriores? ¿Se trata de la praxis de un movimiento puntual —el ecologista— en una fase concreta del desarrollo social, o más bien el recurso sincrónico a formas de acción convencional y no convencional es un atributo potencial de los movimientos sociales de la modernidad? Un acercamiento al movimiento ludista de comienzos del siglo XIX en Inglaterra nos proporciona valiosas claves acerca de los modos de acción de los movimientos sociales durante la era contemporánea, y no sólo de los de finales del siglo XIX y del siglo XX, como son los casos recién mencionados. Si somos capaces de demostrar que un movimiento a menudo asociado con la respuesta defensiva, espontánea, violenta e irracional frente a los embates de la industrialización empleaba unos modos de acción notablemente más complejos y sofisticados que el mero recurso al martillo, ¿qué no podremos entonces decir de la práctica de otros movimientos como son los NMS, presididos por la racionalidad, tanto individual como colectiva, en todas sus esferas de actividad (modos de acción, de organización, enmarcado de problemas, utilización de los medios de comunicación, etc.)?

Las revueltas de los destructores de máquinas vividas en los condados centrales y del norte de Inglaterra en sucesivas olas en 1811-12, 1812-13, 1814 y 1816 han sido a menudo interpretadas como la reacción intempestiva por parte de un movimiento obrero todavía incipiente cuyos miembros veían agravarse por momentos sus condiciones de existencia. La materialización de esa reacción y expresión de su impotencia contenida consistió en arremeter contra la maquinaria que, según su interpretación, les desplazaba de sus puestos en el proceso productivo. Una forma ésta, la destrucción de máquinas en cuanto acción directa violenta, que podemos ubicar inequívocamente en el campo de las formas no convencionales de expresión de demandas.

Ahora bien: un análisis más pormenorizado revela que la hosti-

⁴ Otro ejemplo reciente e ilustrativo de la utilización de formas convencionales y no convencionales de participación sería la protagonizada por el movimiento antimilitarista en el País Vasco-Navarro a partir de 1989, cuando dio comienzo a la denominada «insumisión» (una instancia de desobediencia civil) pero hecha compatible con la canalización de sus demandas a través de los partidos políticos. Véase Casquette, 1996.

lidad de los trabajadores no iba dirigida contra las máquinas como tales, sino que era más bien un (no el único) método de lucha utilizado por la clase obrera en el período embrionario de la revolución industrial (Hobsbawm, 1979, cap. 2). Otros modos de plantear sus reivindicaciones parecen ajustarse mejor a lo que más arriba hemos conceptualizado como modo convencional de participación. Así lo da a entender al menos Rudé, aunque sin mayor desarrollo, cuando afirma que la destrucción de máquinas «fue en realidad, al igual que la huelga moderna, una acción no tomada con ligereza sino emprendida sólo cuando las negociaciones más morosas y pacíficas no podían lograr reparaciones» (1978). E.P. Thompson resulta más explícito al respecto. Su esfuerzo intelectual (así como el del resto de miembros de la escuela historiográfica marxista británica, entre ellos los mencionados Hobsbawm y Rudé) por dignificar y rescatar de la visión peyorativa con la que se ha transmitido durante demasiado tiempo el ludismo y otras movilizaciones «desde abajo» en los albores de la industrialización le lleva a concluir que, lejos de tratarse de reacciones irracionales, espontáneas y desestructuradas contra la modernización por parte de individuos anónimos y desnortados, «algunos de ellos [los ludistas] se encontraban entre los más organizados de las “clases trabajadoras”». (Un indicador de su grado de organización lo encontramos precisamente en las formas de acción que emplearon. Los ludistas siguieron una doble estrategia para plantear sus demandas a las autoridades y a la sociedad en general. Thompson las denomina «constitucional» y «ludista», y ambas «no se presentan como alternativas sino más bien como tácticas que se emplean de forma simultánea» (1989, vol. 2: 101). Ejemplos de la estrategia constitucional o convencional, de acuerdo con la terminología que hemos utilizado hasta el momento, sería entablar contactos con representantes parlamentarios o interponer pleitos en los tribunales sobre temas relativos a la regulación salarial y el aprendizaje (ibíd., 115, 117).

En suma, pues, la experiencia de movilización colectiva del ludismo demuestra que la ampliación del repertorio de acción es una práctica en absoluto original de los NMS. Ya en los albores de la modernidad tenemos constancia de la utilización simultánea de acciones convencionales y no convencionales por parte de los movimientos sociales.

Las formas de organización de los nuevos movimientos sociales

Una lógica de razonamiento similar puede aplicarse al respecto de las formas de organización de los NMS. Donde unos observan novedad, otros no ven más que continuidad. Según los defensores de la novedad, la adopción de una forma u otra es fiel ejem-

plo de los valores que los movimientos desearían ver trasladados al orden macrosocial (en este sentido se habla de «profecía organizativas» de los NMS). Es decir, que los movimientos tienen algo más que un valor instrumental de consecución de objetivos en la misma medida en que se erigen en fines en sí mismos. Esto ayuda a entender el hecho, prosigue el argumento, de que los NMS funcionen con modelos de democracia directa como modo de toma de decisiones, lo cual se traduce, desde un punto de vista organizativo, en que rehúyen la estructuración jerárquica, la centralización o la diferenciación funcional de roles⁵. Con estas medidas prefiguradoras del nuevo orden social imaginado los NMS están, implícitamente, lanzando el mensaje de que sus propuestas organizativas son no sólo posibles sino también reales en el funcionamiento cotidiano de unos actores sociales concretos.

Por el contrario, los nuevo-escépticos sostienen que dichas características de la forma de organización no son consustanciales a los NMS, esto es, que no forman parte de su naturaleza ni son un rasgo privativo suyo, sino que se trata más bien de una pauta recurrente de todos los movimientos sociales, actuales e históricos, en su fase fundacional. D'Anieri, Ernst y Kier (1990) han apuntado en esta línea de análisis en su refutación de la novedad de los NMS a partir de los ejemplos de los movimientos cartista, la comunicad Oneida y las movilizaciones pacifistas en Alemania después de la Segunda Guerra Mundial; Tucker (1991) ha insistido en la misma dirección, subrayando la continuidad entre el sindicalismo francés de finales del siglo XIX y principios del XX y algunos de los rasgos atribuidos como definitorios de los NMS contemporáneos, entre ellos el referido a las formas de organización. En cualquiera de los casos, parece que las características de la baja formalización funcional de roles, de reglas y de criterios de pertenencia, la descentralización y la adopción de mecanismos de democracia directa como criterios directrices para el funcionamiento de las organizaciones es un atributo de algunos actores sociales y políticos en su fase inicial de desarrollo, pero que llega el

⁵ Incluso un autor tan sensible al acondicionamiento histórico como es Tarrow parece identificar rasgos novedosos en los NMS, al menos en lo que se refiere a su forma de organización. No queda demasiado clara su postura al respecto de la novedad cuando, por un lado, refuta la supuesta novedad de la acción colectiva a partir de los años 60 («Los teóricos sociales descubren constantemente “nuevos” movimientos sociales, pero el calificativo “nuevo” pierde sentido cuando examinamos un cuadro histórico más amplio» —1997: 139), pero por otro lado la reconoce al afirmar que «Lo que tienen de “nuevo” los “espacios libres” de los movimientos contemporáneos es que los organizadores han comprendido el poder del contacto directo y han intentado crear técnicas para imbricarlos en movimientos más amplios sin encapsularlos en jerarquías rígidas» (ibid.: 255).

momento en que el movimiento parece y la institución se impone. Es decir, que la secuencia típica de desarrollo de los movimientos responde a un «ciclo de vida» o modelo de «historia natural» (Park y Burgess, 1921: 874; Hopper, 1950; Alberoni, 1984) según el cuál la adopción de pautas formales de organización es una función del momento en la cadena de su ciclo evolutivo. Desde esta perspectiva, la continuidad y no la ruptura es el criterio interpretativo clave⁶.

El ejemplo del partido verde alemán, *Die Grünen*, ilustra este proceso de metamorfosis organizativa sufrida por los movimientos sociales una vez han traspasado el umbral de la supervivencia. Fundado en 1979 con el objetivo explícito de servir de brazo parlamentario de la multicolor y dinámica escena de iniciativas de ciudadanos (*Bürgerinitiativen*) y crítica con la incapacidad del sistema de partidos de traducir en respuestas las demandas originadas en la sociedad civil, su evolución ulterior resulta bien expresiva de las transformaciones que sufren los movimientos con el transcurso del tiempo. De ser caracterizado como expresión de un «partido anti-partido» y de «partido anti-sistema», su participación en la estructura institucional del poder (parlamentos en los ámbitos de *Land* y federal, además de en ayuntamientos) les ha ido haciendo conscientes de que aceptar las reglas del juego implica, tarde o temprano, adoptar unas formas de acción y de organización homologables a las del resto de copartícipes en las instituciones representativas. Sólo desde este «baño de pragmatismo» se hace comprensible el abandono progresivo de prácticas tan poco funcionales como la de la rotación de cargos parlamentarios a mitad de legislatura. Muestras tales de «madurez política» han acreditado a *Die Grünen* como un candidato «respetable» a figurar en coaliciones de gobierno a escala federal, e incluso a responsabilizarse de carteras ministeriales, pero únicamente después de haber superado un período de aprendizaje gobernando en coalición a escalas municipal y de *Land*⁷.

⁶ Esta referencia a los enfoques clásicos nos recuerda la conveniencia de recuperar sugerencias e intuiciones de los enfoques clásicos que, en ocasiones, han sido arrojados demasiado alegremente por la fregadera junto con el agua sucia. El hecho de que una serie de presupuestos de dichos modelos, como el de la irracionalidad, anomía y desarraigo del comportamiento colectivo, resultaran manifiestamente inadecuados para dar cuenta de la ola movilizatoria inaugurada en las décadas de 1950 y 1960 por los movimientos por los derechos civiles de la minoría-americana y el estudiantil no significa que no albergaran intuiciones e hipótesis perfectamente válidas para guiar la investigación sobre los NMS. Entre dichas sugerencias que merece la pena destacar se encuentra la identificación de un ciclo evolutivo que procede desde la baja formalización organizativa a otras formas más sofisticadas de atender a los objetivos establecidos.

⁷ No es casualidad que sea precisamente el Alemania, el país europeo con el

La globalización de las actividades de los movimientos sociales

En el curso de los últimos años, la escala de movilización alcanzada por las organizaciones de movimientos sociales de carácter transnacional (esto es, una familia de organizaciones de movimientos sociales con bases organizativas estables en al menos dos o más países) ha atraído la atención de los especialistas en movimientos sociales y en acción colectiva, además de los analistas de las relaciones internacionales. A juicio de estos autores, el protagonismo creciente de estos actores políticos transnacionales está íntimamente ligado a las profundas transformaciones estructurales que sufren las sociedades modernas y que favorecen la globalización de las actividades de protesta. Entre los factores citados más recurrentemente por los especialistas figuran los siguientes; el aumento dramático de problemas que, por su misma naturaleza (contaminación de los océanos, procesos migratorios masivos de un país a otros, etc.), trascienden las fronteras nacionales; los últimos desarrollos en la sociedad de la información que hacen factible establecer redes de comunicación estables entre lugares distantes a un coste económico prácticamente despreciable, y, por último una mejora sensible de los modos óptimos de movilización de recursos por parte de las organizaciones de movimientos (Smith, Charfield y Pagnucco, 1997; Kack y Sikkink, 1998; della Porta, Kriesi y Rucht, 1999). En el caso de la transnacionalización de la protesta social, lo novedoso a juicio de todos estos autores no sería el fenómeno *per se*, esto es, la existencia misma de esfuerzos colectivos por desencadenar alteraciones en la estructura de la sociedad a una escala global y ya no meramente local o nacional, sino más bien la dimensión que adquiere. Así, según el *Yearbook of International Organizations*, la progresión seguida por durante las últimas cuatro décadas por las organizaciones de movimientos sociales transnacionales (OMST) dedicadas a la defensa de los derechos humanos, el medio ambiente, los derechos de las mujeres, la paz o el desarrollo ha sido espectacular: 110 (1953), 141 (1963), 183 (1973), 348 (1983) y 631 (1993), Smith, 1997: 47; Rucht, 1999: 211.

En general, los investigadores que han llamado la atención sobre esta relevancia ascendente que están cobrando las OMST en la arena internacional reconocen el hecho de que, en cuanto fe-

escenario movemientista más rico e influyente de Europa Occidental, donde primero se han empezado a detectar síntomas de «institucionalización» del sector de movimientos sociales. Véase Neidhart u Rycht (1993), Roth (1994), Rucht, Rink y Blattert (1997), y también Meyer y Tarroe (1998) para una visión comparada.

nómeno empírico, no se trata en absoluto de algo desconocido. Así, Keck y Sikkink (1998) reconocen la existencia de multitud de precursores históricos de las modernas «redes militantes» (*advocacy networks*) transnacionales. En particular, estas autoras se detienen con cierto lujo de detalles en el análisis del movimiento abolicionista durante el período comprendido entre 1833 y 1865, el movimiento sufragista descimonónico o las campañas contra el *footbinding* en China entre 1874 y 1911 y contra la circuncisión femenina en Kenya entre 1923 y 1931. Algo similar podría afirmarse de otros movimientos como el pacifista, que cuenta con organizaciones transnacionales cuando menos desde el siglo XIX, e incluso antes si consideramos las organizaciones pacifistas religiosas de denominaciones como los cuáqueros (Brock, 1991; Cooper, 1991; Casquette, 1999). Sin embargo, el ejemplo por excelencia de actividades coordinadas en pos de un objetivo común en varios países a la vez es el ofrecido por el movimiento obrero, nada sorprendente por otra parte teniendo en cuenta que la doctrina internacionalista figuró en primer plano del programa proletario al menos hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, cuando las secciones nacionales más significativas de la II Internacional cerraron filas y antepusieron los intereses de nación a los de clase al primer toque de conrnetá (Haupt, 1972).

Sin embargo, el reconocimiento generalizado por parte de los especialistas de los precedentes en la transnacionalización de la protesta no obsta para que persistan autores prestos a detectar puntos de inflexión donde no hay sino continuidad histórica. En el caso de una familia de movimientos sociales de creciente protagonismo en las sociedades contemporáneas, los movimientos etnonacionales, en los que las comunicaciones de emigrantes desempeñan en múltiples instancias un rol fundamental. El desarrollo de lo que en expresión certera Anderson (1998) ha denominado como «nacionalismo a larga distancia» ha sido considerado por algunos autores como un nuevo fenómeno en la era de la globalización y una respuesta a la moderna revolución de las comunicaciones. De acuerdo con el historiador norteamericano M. Hanagan, estas asunciones impregnan la literatura especializada (1998b). Es por esta razón que el citado investigador emprende la tarea de profundizar en un estudio de caso que desmitifique la pretendida novedad en la transnacionalización de los movimientos etnonacionalistas, y, por extensión, de todos los movimientos sociales. El caso elegido por Hanagan es el del movimiento nacionalista irlandés, que ya desde mediados del siglo XIX contaba con organizaciones como la *Fenian Brotherhood* y la *Irish Republican Brotherhood*, las cuales consiguieron movilizar a decenas de miles de militantes tanto en Irlanda como en EEUU con el objeto de sacudirse la dominación británica. De acuerdo con Hana-

gan, a pesar de carecer de las facilidades de la moderna tecnología de la información (teléfonos, faxes, internet) o del transporte, gracias a los contactos personales los nacionalistas irlandeses consiguieron fraguar y mantener un movimiento transnacional duradero entre los activistas de ambos lados del Atlántico cuyos efectos se han dejado sentir hasta nuestros días, cuando las redes movilizadas por el nacionalismo irlandés en EEUU, han resultado decisivas en la evolución del proceso de paz en Irlanda del Norte⁸.

LA ESTRATEGIA DUALISTA COMO CRITERIO ANALÍTICO FUNDAMENTAL EN EL ESTUDIO DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Los aspectos en torno a los cuales ha girado la discusión acerca de la novedad de los movimientos sociales contemporáneos, tal y como hemos recapitulado en el epígrafe anterior (formas de acción, pautas organizativas y relevancia creciente del marco transnacional de actuación), se revelan como menores cuando consideramos el que, a nuestro juicio, constituye el rasgo interpretativo clave de los movimientos sociales de la modernidad: su propósito de ejercer una política de influencia tanto sobre las autoridades encargadas de la toma de decisiones como sobre la sociedad en su sentido más laxo mediante la difusión de valores que desafían a los valores dominantes y que contribuyen a configurar los esquemas de pensamiento y de actuación de grupos e

⁸ Hanagan minimiza, un tanto ingenuamente a nuestro entender, el impacto de las nuevas facilidades para la comunicación de la era de la información cuando defiende que «los dispositivos electrónicos no reemplazan a las redes personales y los vínculos íntimos» (1998: 121). Ciertamente, las modernas tecnologías de la información y la comunicación no son sustitutivas de las relaciones personales, pero es cierto que las redimensionan hasta extremos antes insospechados. Recientemente, experiencias movilizatorias exitosas tales como la vivida en Seattle contr la reunión de la Organización de Comercio Mundial (OCM) han revelado que las modernas tecnologías de la información, en particular internet, son un recurso fundamental para poner en contacto una coalición variopinta de agentes sociales (sindicatos, ecologistas, activistas por los derechos humanos, feministas, etc.) en pos de un objetivo compartido, aunque éste sea de naturaleza eminentemente negativa («anti» un modo de entender el comercio internacional que aísla al precio monetario final como único criterio digno de consideración, pero que desprecia el proceso seguido en la elaboración del producto, por ejemplo si se han respetado los derechos de los trabajadores, el medio ambiente, o si han intervenido niños o niñas en su manufactura). Tal vez sea precisamente este carácter puramente antagónico pero sin especificación de alternativas una de las claves explicativas del éxito de esta instancia de movilización, sin olvidar en absoluto el papel desempeñado por una utilización inteligente de los medios de comunicación de masas en transmitir a la opinión pública (mundal en este caso) las razones de su oposición a la reunión de la OCM.

individuos. El seguimiento, advertida o inopinadamente, de esta estrategia dualista se erige en el criterio fundamental para delimitar analíticamente la categoría de movimiento social y diferenciarlo de otras formas de acción colectiva adyacentes con las que a menudo corre el riesgo de confundirse, en particular los partidos políticos y los grupos de presión.

En efecto, el destinatario natural de las demandas vehiculadas tanto por los partidos como por los grupos de presión son las autoridades. A influir en ellas en un sentido que satisfaga a sus bases sociales de apoyo van orientadas la mayor parte de las energías de estos dos actores colectivos. La difusión de valores y la movilización de la sociedad son actividades esporádicas y, en cierto sentido, un claro indicio de su impotencia y frustración ante la cerrazón de los canales encargados de la toma de decisiones. En un lenguaje de uso corriente en la teoría de movimientos sociales, se diría que la cerrazón del sistema político conforma una estructura de oportunidad política que condicional, determina incluso, la adopción de modos de participación no convencionales. En estos casos en que otras vías permanecen cegadas, los partidos políticos o los grupos de presión recurren ocasionalmente a la movilización de sus activistas y simpatizantes, pero sólo como *ultima ratio*, cuando ensayos de canalización de reivindicaciones a través de las vías establecidas se han visto abocados al fracaso.

Sustancialmente distinto es el caso de los movimientos sociales. No creemos desvirtuar la realidad ni la evidencia histórica disponible si afirmamos que ellos son el único actor colectivo que persigue la innovación política al mismo tiempo que la social y cultural. Las implicaciones para la vida cotidiana de los valores vehiculados por movimientos sociales contemporáneos tales como el feminista, el ecologista, el pacifista o el de solidaridad con el tercer mundo resultan evidentes hoy en día para cualquier persona con la perspectiva temporal suficiente para repasar la mutación de hábitos que ha sufrido en su vida cotidiana durante las últimas décadas. Como evidente resulta, dicho sea de paso y por otra parte, el esfuerzo efectuado históricamente por el movimiento obrero por forjar identidades robustas capaces de permear y condicionar todas las actividades vitales de sus miembros. Así pues, aunque la distribución de actividades entre las arenas política y cultural oscila de un movimiento a otro y, dentro de cada movimiento, de una organización a otra, lo cierto es que ambas constituyen pilares copresentes en la actividad de todo movimiento social, hoy en día lo mismo que en el siglo XIX. Qué formas de acción emplee, cómo se organice o la escala de su movilización alcanzada (local, nacional o transnacional) son cuestiones relativamente menores cuando los comparamos con este criterio de la doble orientación hacia las autoridades y la sociedad.

A continuación, pretendemos ilustrar el argumento de que dicho ejercicio de una política de influencia sobre las autoridades y la sociedad no constituye un rasgo totalmente novedoso, si por tal entendemos su surgimiento al calor de la ola movilizatoria de los años sesenta del presente siglo. Es un rasgo que apunta más a la esencia de la categoría de movimiento social que a sus atributos contingentes. Si nos adentramos en el estudio de los movimientos sociales históricos, nos percataremos de inmediato de que la estrategia dualista es un rasgo recurrente, con particular visibilidad desde el momento en que la política se fue convirtiendo en una actividad al alcance de todo el mundo y no ya la prerrogativa de un reducido grupo de notables. No en vano, es a partir de la progresiva apertura de la esfera pública a todos los sectores sociales (burgueses, proletarios, minorías etnonacionales, etc.) cuando los distintos actores sociales se vieron impelidos a la difusión de valores y cosmovisiones en el tejido social como un fin en sí mismo, pero también como un medio para atraer la atención de unas autoridades preocupadas por establecer vínculos estables con la ciudadanía, pues ella era la depositaria única de la soberanía y su consentimiento servía como base de legitimación. Los ejemplos extraídos de la historia de que nos serviremos para argumentar nuestra hipótesis son la campaña abolicionista contra el tráfico de esclavos en Inglaterra en las dos décadas comprendidas entre 1787 y 1807 y el movimiento nacionalista vasco durante la Segunda República española.

El movimiento anti-esclavista a escala nacional se inauguró en Gran Bretaña en 1787 con la fundación de la *Society for the Abolition of the Slave Trade*⁹. En adelante, esta organización figurará en el primer plano del movimiento abolicionista. Con anterioridad, en 1783, los cuáqueros ya habían efectuado una petición ante el Parlamento para que fuese abolido el tráfico de esclavos, pero en general sus actividades se asemejaban más bien a un grupo de presión que a un movimiento¹⁰. Iniciativas similares eran emprendidas por la *Londos Meeting for Sufferings* o los habitantes de Bridgwater, en Somerset. Sin embargo, estas acciones eran obra de grupos no coordinados entre sí y, en cualquier caso, involucraron a un reducido número de personas. Fue sólo cuando se estableció la *Society*, con su comité de Londres a la cabeza, que el movimiento adquirió un carácter masivo y bien organizado. De acuerdo con los datos manejados por Oldfield (199: 45), en agosto

⁹ La lectura del movimiento abolicionista que realizo en las siguientes líneas descansa en Oldfield (1995), d'Anjou (1996) y d'Anjou y Van Male (1998).

¹⁰ La disconformidad cuáquera con el esclavismo ya se había expresado en Pennsylvania en la década de 1680 (Keck y Sikkink, 1998: 41).

de 1788 su lista de suscriptores alcanzaba las 2.000 personas, en su mayoría integrantes de la clase media dedicada al comercio y las manufacturas. Así, entre los 12 miembros fundadores de la sociedad (que incluía a 9 cuáqueros) dos eran banqueros, cuatro comerciantes o con experiencia comercial y dos industriales (ibid., 42). Su modo de luchar por la abolición del esclavismo se ajusta perfectamente a lo que hemos denominado como estrategia dualista. Por un lado, presionaron a los miembros del parlamento con todos los medios a su alcance; por otro lado, se volcaron en la tarea de convencer a la opinión de la perversidad moral de la práctica de la esclavitud¹¹. En esta tarea, confeccionaron un repertorio de acción que marcó la senda por la que avanzarían otros movimientos sociales en los siglos XIX y XX. La principal actividad en esta labor de sensibilización de la sociedad a la vez que de presión de las autoridades consistió en la recogida de firmas para su presentación en Westminster. Las peticiones eran un modo de expresión de demandas populares relativamente corriente en la Gran Bretaña de la época, pero ninguna iniciativa conoció el mismo éxito que el abolicionismo. En la campaña emprendida en 1792 se presentaron al Parlamento un total de 519 peticiones firmadas por unas 400.000 personas (ibid.: 1, 114)¹². El éxito de la anterior campaña de peticiones, cuatro años antes, fue más modesto, pero considerable en cualquier caso: entre 60.000 y 100.000 firmas (d'Anjou, 1996: 166). Canalizadas a través de instancias tales como universidades, presbiterías, condados y, sobre todo, municipios y villas, la mayoría de las peticiones enmarcaban el problema del esclavismo como un asunto religioso (una práctica «repugnante», «pecaminosa», «reprobable» e «inconsistente con el credo cristiano», Oldfield: 115)¹³, aunque tampoco faltaron las iniciativas que interpretaban la existencia de la esclavitud desde un punto de vista humanitario y de justicia social.

Las peticiones fueron el modo más relevante de canalización de la expresión popular de descontento ante la práctica de la es-

¹¹ El *Abolition Committee* expresaba sus objetivos del modo siguiente: «Nuestro objetivo inmediato es, mediante la difusión del conocimiento sobre la materia, y en particular los modos de procurarse y tratar a los esclavos, interesar a los hombres de toda condición en la abolición del tráfico; pero en especial a aquellos de los que debe originarse la decisión: los miembros de nuestro órgano legislativo» (citado en d'Anjou, 1996: nota 10, pág. 199).

¹² Estas 400.000 personas representan, en términos relativos, el 13 por 100 de la población de Inglaterra, Escocia y Gales, asumiendo que todos los firmantes eran varones mayores de quince años de edad.

¹³ Para comprender la influencia del marco religioso del problema hay que tener en cuenta el componente cuáquero, metodista, presbiteriano y anglicano del movimiento.

clavitud, pero de ninguna manera el único. La propaganda anti-esclavista mediante conferencias y reuniones, la elaboración y distribución de folletos y libros explicativos de la inhumanidad de la esclavitud (incluyendo las publicaciones dirigidas al público infantil, con un contenido visual importante) o la organización de campañas de boicot al ron y al azúcar figuran en un lugar destacado del repertorio de acción del que se sirvió el movimiento abolicionista. Un movimiento que se vio coronado por el éxito en gran parte gracias a la utilización de una estrategia dualista. Muestra de ello es que en el lustro comprendido entre 1787 y 1792, la imagen de la esclavitud y el tráfico de esclavos en la sociedad británica sufrió un vuelco a favor de los planteamientos abolicionistas desacostumbradamente rápido e irreversible (d'Anjou y Van Male, 1998: 214). A la altura de 1833, Gran Bretaña había declarado ilegal el tráfico de esclavos y abolido la institución de la esclavitud en su suelo y en todas sus posesiones coloniales. En este caso, el nexo de causalidad entre acción colectiva y resultado de la abolición resulta fácil de trazar en la movilización de la opinión pública por parte del movimiento anti-esclavista. Él fue el principal responsable, según varios autores, del cambio en el marco del discurso político (Oldfield, 1995: 186; d'Anjou, 1996:70).

Un siglo y medio más tarde, la práctica de un movimiento de características y objetivos notablemente diferentes a los del abolicionismo parece encajar con la nación de estrategia dualista. Nos referimos al movimiento nacionalista vasco durante la Segunda República. El propósito explícito de crear una comunidad unida por vínculos etno-históricos (lengua, tradición, costumbres, mitos,...) que encuentra en la regeneración del «alma nacional» su objetivo último y razón de existir es un rasgo recurrente en todos los movimientos nacionalistas. El nacionalismo vasco no es una excepción. Desde sus momentos iniciales en 1895, se ha preocupado por tejer una tupida red de asociaciones y organizaciones de tipo diverso al servicio de esa labor creativa de la comunidad vasca. En los años de la Segunda República, el nacionalismo en el País Vasco-Navarro parecía haber alcanzado lo que M. Hroch ha denominado «Fase C» del desarrollo de los movimientos nacionalistas de naciones subordinadas (1985: 22-4; 1996: 81). Este autor distingue tres fases según el carácter y el rol de los miembros activos en el movimiento nacionalista y el grado de conciencia nacional del grupo étnico. En la «Fase A», los esfuerzos de los activistas protonacionalistas (esto es, de los «intelectuales») estaban orientados a la investigación más o menos erudita y a la difusión de una conciencia lingüística, cultural, histórica, etc., sin que dichas actividades adquiriesen necesariamente una connotación política. Era el suyo un «patriotismo ilustrado» (1985: 23). Sus esfuerzos alcanzaron un eco restringido y una influencia social limitada. Esta

es la etapa de los Chaho, Sagarminaga o Campión. En la «Fase B», un nuevo grupo de activistas emerge, estos ya con una vocación política más explícita por cuanto intentaban atraerse el mayor número posible de sus adherentes étnicos potenciales. En el caso del nacionalismo vasco, el intelectual-agitador patriótico por antonomasia fue Saino Arana, el fundador del nacionalismo vasco como movimiento político. La Fase C arranca en el momento en que la conciencia nacional se ha convertido en la preocupación de un amplio sector de la población y el movimiento nacionalista cuenta con una sólida infraestructura implantada a lo largo y ancho del «territorio sagrado». Según los estudios comparados de Hroch, el País Vasco-Navarro, igual que Cataluña, alcanzó relativamente pronto la Fase C (1996: 83). Podríamos datar la consolidación de esta Fase C en el período de la Segunda República, tras el obligado paréntesis impuesto por la dictadura de Primo de Rivera¹⁴. Tal y como ha analizado J. L. de la Granja (1995: cap. 5) para el período de la Segunda República, y de Pablo, Mees y Rodríguez Ranz (1999) para los años comprendidos entre 1895 y 1936, el PNV se volcó en la tarea de constituir una abigarrada red de asociaciones culturales, grupos políticos, organizaciones sindicales, etc. Se trataba, desde una óptima partidista, de fomentar unos espacios de sociabilidad productores y reproductores de lo que, un tanto genéricamente, podemos denominar una «conciencia nacional vasca». Se puede afirmar que el instrumento inoculador de la conciencia nacional vasco fue el movimiento nacionalista en su acepción más amplia, con el partido como eje «tentacular» (de Pablo y cols. 1999) y punto de referencia, pero con un amplio abanico de organizaciones satélites enteramente al servicio de la comunicad. En términos numéricos, la comunicad nacionalista vasca estaba integrada por los 26.000 afiliados con que contaba el PNV al comienzo de la década de 1930 y por aproximadamente el doble de miembros de otras entidades adheridas, lo cual hace un total de unas 75.000 personas, aproximadamente el equivalente a la base electoral del nacionalismo vasco (ibíd., 231-232).

Es posible, siguiendo a de la Granja, agrupar analíticamente estas organizaciones satélites supeditadas al proyecto político liderado por el PNV (proyecto cifrado, tal y como hemos mencionado, en la recuperación del «alma nacional vasca») en tres áreas: la sociopolítica, la sociolaboral y la educativo-cultural. Entre las organizaciones englobadas dentro del área socioplítica, figuraban *Mendigoizale Batza*, las Juventudes Vascas, la organización femenina

¹⁴ Sin embargo, a juicio de Ludger Mees, el nacionalismo vasco habría alcanzado dicha fase en las postrimerías de la Primera Guerra Mundial. Véase Mees, 1991: 65-66.

*Emakume Abertzale Batza*¹⁵, diversas organizaciones infantiles como *Euzko Gazteztxu Batza*, *Poxpolinas*, *Umetxus*, asociaciones de defensa de la familia cristiana, como *Sendi Aldez*, además de un importante número de centros sociales y recreativos (*Batzokis*, *Euzko-Etxeas*, *Centros Vascos*) y de publicaciones periódicas de carácter político. Entre las asociaciones encuadradas en el campo sociolaboral destaca sobremanera Solidaridad de Obreros Vascos (SOV), que en los albores de la Guerra Civil agrupaba alrededor del 30 por 100 de la masa de trabajadores del País Vasco, ligeramente por debajo de la Unión General de Trabajadores (Fusi, 1984: 51). SOV era una organización paraguas que cobijaba a una serie de organizaciones sectoriales de empleados, pescadores, marinos, maestros, campesinos, etc. En el área educativo-cultural figuraban, por último, un vasto abanico de federaciones de maestros, escuelas, estudiantes, grupos folklóricos de todo tipo (danza, canto, teatro, txistularis, bertsolaris, etc.), editoriales, revistas culturales, clubes deportivos, etc. Una constelación de grupos y organizaciones que, en resumidas cuentas, tenía como cometido estructurar la sociedad vasca en torno a un proyecto específico de país entendido en clave nacionalista. El PNV, que aún no controlaba el entramado institucional, pivotaba alrededor de este amplio espectro asociativo para hacer avanzar su proyecto nacional. Era su modo específico de cumplir con la función social y cultural intrínseca al proyecto creativo comunitario. Su estrategia dualista no ofrece pues ningún lugar a dudas. El campo de confrontación político-institucional absorbía parte de las energías del movimiento nacionalista, pero ni mucho menos hasta el punto

¹⁵ Tomemos el caso del *Emakume Abertzale Batza* (EAB) para entrever los mecanismos relacionales entre este conjunto de asociaciones y su «casa matriz», que no es otra que el propio PNV. El gran teorizador y propagandista de estas organizaciones femeninas, el padre Policarpo de Larrañaga, en su apología historiada de la EAB deja inequívoca constancia del proyecto en el que se enmarcaba la actividad de dicha organización. Después de advertir que «no es posible, ni justo, olvidar al maestro, al fundador del Partido Nacionalista Vasco, Sabino de Arana Goiri, al historiar la admirable organización de “Emakume Abertzale Batza”» (P. de Larrañaga, 1978: 17), afirma nuestro autor cuando aborda su naturaleza que «se trata de mujeres patriotas vascas de la Euzkadi peninsular, cuyas actividades desarrollan de acuerdo con la autoridades del Partido Nacionalista Vasco» (ibíd.: 45). Más explícitamente, tal y como queda recogido en el artículo 1.º de su primer reglamento: «El objeto de esta asociación será la unión de todas las mujeres vascas amantes de jaungoikoa eta lagizarra (Dios y Ley vieja), para difundir por Euzkadi, valiéndose de cuantos medios estén a su alcance y en consonancia con su sexo y condición, la doctrina que en el lema se encierra, desarrollando sus actividades e iniciativas principales, orientadas al aspecto social vasco y de carácter cultural y benéfico» (citado en P. de Larrañaga, ibíd.: págs. 45-46). La cifra de mujeres agrupadas en las organizaciones de EAB alcanzó las 25.000 en la Segunda República (de Pabo y cols., 1999: 232).

de agotarlas. La tarea de difusión del mensaje comunitario, de impregnar al conjunto de la sociedad con su particular cosmovisión del escenario deseable de país, no fue descuidada en ningún momento. Su carácter no resultaba inmediatamente político, pero en la medida que tenían éxito en atraer nuevos sectores sociales a su ideario, podemos calificar este pilar de su estrategia como prepolítico.

ACUMULACIÓN DE EXPERIENCIA Y DIALÉCTICA HISTÓRICA

William Butler Yeats, el poeta, ensayista y dramaturgo que congraciaba en su yo identidades hoy aparentemente de dificultosa reconciliación como las de ser protestante y nacionalista irlandés, llamó la atención sobre la imposibilidad de las emociones puras, sobre el inescapable que sufrimos a un «enredo químico» según el cual «siempre hay en nuestro enemigo algo que nos gusta, y en nuestro amor algo que nos desagrada».

Esta observación de Yeats resulta plenamente oportuna para extraer unas conclusiones acerca de la novedad de los movimientos sociales contemporáneos. Si, captando el espíritu de la afirmación del premio Nobel, secularizamos las categorías morales de amigo-enemigo/ bien-mal y partimos del supuesto de que lo novedoso y lo caduco se encuentran entrelazados en una relación dialéctica, entonces nos vemos abocados a admitir que lo viejo es el habitáculo necesario de lo inédito y que lo inédito, por su parte, no es sino el punto de llegada fruto de un proceso acumulativo de confrontación entre lo que es y lo que aún no es pero que lucha por llegar a ser. *Nova ex veteris*. Queremos decir con ello que lo nuevo se alza indefectiblemente a hombros de lo viejo, lo que, aplicado al caso de los movimientos sociales, se traduce en que lo nuevo rara vez amarras del todo con lo viejo hasta crear *ex novo*, sino que más bien avanza paulatina e ininterrumpidamente desde lo existente mediante la práctica social. Dimensiones de la actividad de los movimientos sociales, tales como los temas, las formas de acción, las pautas organizativas o el proceso de enmarcado (esto es, los esfuerzos efectuados por grupos de individuos por alcanzar definiciones de sí mismos y del mundo como precondition para la movilización) no surgen de un vacío, sino que se ubican en un campo de constreñimientos y oportunidades (por ejemplo, prácticas, instituciones o valores) heredadas del pasado y que sus predecesores contribuyeron a construir, pues toda práctica y discurso social son deudores de su herencia y se encuentran por tanto en esa suerte de «enredo» a que se refiere Yeats. La generación sociológica según la cual los seres humanos no construyen la sociedad a su gusto, sino que su capacidad de interven-

ción viene condicionada por un cúmulo de circunstancias estructurales heredadas del pasado, resulta igualmente válida para esa forma de actividad social que es la acción colectiva y, más específicamente, los movimientos sociales.

La polémica acerca de la novedad de los movimientos sociales de las últimas décadas se ha desarrollado sin la necesaria confrontación de argumentos. Los investigadores con una sensibilidad histórica más acusada enseguida se han apresurado a desenterrar precedentes históricos de las formas contemporáneas de acción colectiva. Pero el verdadero debate nunca radicó ahí. Autores como Touraine o Melucci nunca han rebatido la discontinuidad en formas de acción, de organización o de temas. Más bien, lo que han intentado destacar es el significado que la acción colectiva adquiere en unas sociedades que están viendo alterarse su configuración a un ritmo vertiginoso en una dirección aún incierta, hasta llegar a hablar de un «cambio de época». Los rasgos y naturaleza de la nueva formación social en la que parecemos sumirnos irremisiblemente es un debate de teoría social en el que los historiadores, hasta la fecha, no se han decidido a intervenir.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBERONI, Alberto, *Movimiento e institución*, Madrid, Editora Nacional, 1984.
- ANDERSON, Benedict, «Exodus», *Inguruak*, 1998, 21: 7-23.
- BOURDIEU, Pierre, *La distinción*, Madrid, Taurus, 1988.
- BROCK, Peter, *Freedom from Violence: Sectarian Nonresistance from the Middle Ages to the Great War*, Toronto, University of Toronto Press, 1991.
- CALHOUN, Craig, «New Social Movements of the Early Nineteenth Century», *Social Science History*, 1993, 17, (3): 385-427.
- CASQUETTE, Jesús, «The Sociopolitical Context of Mobilization: The Case of the Antimilitary Movement in the Basque Country», *Mobilization*, 1996, 1 (2): 203-217.
- CASQUETTE, Jesús, *Política, cultural y movimientos sociales*, Bilbao: Bakeaz, 1998.
- CASQUETTE, Jesús, «Resistance and Evasion of the Draft», en Lester Kurtz (ed.), *Encyclopedia of Peace, Violence, and Conflict*, San Diego, Cal: Academic Press, 1999.
- CASTELLS, Manuel, *La era de la información. Vol. 2. El poder de la identidad*, Madrid, Alianza, 1998.
- D'ANIERI, Paul; ERNST, Claire y KIER Elizabeth, «New Social Movements in Historical Perspective», *Comparative Politics*, 1990, 22 (4): 445-458.
- D'ANJOU, Leo y VAN MALE, John, «Between the Old and New: Social Movements and Cultural Change», *Mobilization*, 1998, (2): 207-226.
- D'ANJOU, Leo, *Social Movements and Cultural Change: The First Abolition Campaign Revisited*, Hawthorne, NY: Aldine de Gruyter, 1996.

- DELLA PORTA, Donatella y RUCHT, Dieter, «Left-Libertarian Movements in Context: A Comparison of Italy and West Germany, 1965-1990», en J. Craig Jenkins y Bert Klandermans (eds.), *The Politics of Social Protest. Comparative Perspectives on States and Social Movements*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1995.
- DELLA PORTA, Donatella, KRISI Hanspeter y RUCHT Dieter (eds.), *Social Movements in a Globalizing World*, Londres, Macmillan, 1999.
- FUSI Juan Pablo, *El País Vasco. Pluralismo y nacionalidad*, Madrid, Alianza, 1984.
- GRANJA, José Luis de la, *El nacionalismo vasco. Un siglo de historia*, Madrid, Tecnos, 1995.
- HANAGAN, Michale, «Social Movements. Incorporation, Disengagement, and Opportunities - A Long View», en Marco G. Giugni, Doug McAdam y Charles Tilly (eds.), *From Contention to Democracy*, Lanham, Maryland: Rowman and Littlefield, 1998a.
- HANAGAN, Michale, «Irish Transnational Social Movements, Deterritorialization Migrants, and the State System: The Last One Hundred and Forty Years», *Mobilization*, 1998b, 3 (1): 107-126.
- HAUPT, Georges, *Socialism and the Great War. The Collapse of the Second International*, Cambridge, Cambridge University Press, 1972.
- HOBBSBAWM, Eric J., *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Barcelona, Crítica, 1979.
- HROCH, Miroslav, *Social Preconditions of National Revival in Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.
- HROCH, Miroslav, «From National Movement to the Fully-formed Nation: The Nation-building Process in Europe», en Gopal Balakrishnan (ed.) *Mapping the Nation*, Londres, Verso, 1996.
- LARRAÑAGA, Policarpo de, *Emakume Abertzale Barza. La mujer en el nacionalismo vasco* (3 vols.) Donostia, Auñamendi, 1978.
- MARKS, Gary y McADAM Doug, «Social Movements and the Changing Structure of Political Opportunity in the European Union», en Gary Marks y cols., (eds.) *Governance in the Emerging Euro-polity*, Londres, Sage.
- MARKS Gary y McADAM Doug, «On the Relationship of Political Opportunities to the Form of Collective Action: The Case of the European Union», en Donatella della Porta, Hanspeter Kriesi y Dieter Rucht (eds.), *Social Movements in a Globalizing World*, Londres, Macmillan.
- MARWICK, Arthur, *The Sixties*, Oxford, Oxford University Press.
- MAYER, Margit y ROLAND ROTH, «New Social Movements and the Transformation to Post-Fordist Society», en Marcy Darnowsky, Barbara Epstein y Richard Flaks (eds.), *Cultural Politics and Social Movements*, Philadelphia, Temple University Press, 1995.
- MEES, Ludger, *Entre nación y clase. El nacionalismo vasco y su base social en perspectiva comparativa*, Bilbao, Fundación Sabino Arana, 1991.
- MEES, Ludger, «¿Vino viejo en odres nuevos? Continuidades y discontinuidades en la historia de los movimientos sociales», en P. Ibarra y B. Tejerina (eds.), *Los movimientos sociales*, Madrid, Trotta, 1998.
- MELUCCI, Alberto, «A Strange Kind of Newness. What's "New" in New Social Movements», en Enrique Laraña, Hank Johnston y Joseph R. Gusfield (eds.), *New Social Movements. From Ideology to Identity*, Philadelphia, Temple University Press, 1994.

- MELUCCI, Alberto, *Challenging Codes. Collective Action in the Information Age*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.
- MEYER, David S. y TARROW Sidney (eds.), 1998, *The Social Movement Society. Contentious Politics for a New Century*, Lanham, Maryland: Rowman and Littlefield.
- NEIDHARDT, Friedhelm y RUCHT, Dieter, «Auf dem Weg in die “Bewegungsgesellschaft”? Über die Stabilisierbarkeit sozialer Bewegungen», *Soziale Welt*, 1993, 44 (3), 305-326.
- OFFE, Claus, *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid, Sistema, 1988.
- OLFIELD, J. R., *Popular Politics and British Anti-Slavery. The Mobilisation of Public Opinion Against the Slave Trade, 1787-1807*, Manchester, Manchester University Press.
- OLOFSSON, Gunnar, «After the Working-class Movement? An Essay on What's “New” and What's “Social” in the New Social Movements», *Acta Sociológica*, 1988, 31 (1), 15-34.
- PABLO, Santiago de; MEES Ludger y RODRÍGUEZ RANZ, *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco, Vol. I, 1895-1936*, Barcelona, Crítica, 1999.
- PICHARDO, Nelson A., 1997, «New Social Movements: A Critical Review», *Annual Review of Sociology*, 1997, 23: 411-430.
- PLOTKE, David, «What's So New About New Social Movements?», *Socialist Review*, 1990, 20 (1): 81-102.
- ROCHON, Thomas R., *Culture Moves: Ideas, Activism, and Changing Values*, Princeton, NJ: Princeton University Press.
- ROTH, Roland, *Demokratie von unten. Neue soziale Bewegungen auf dem Wege zur politischen Institution*, Köln, Bund-Verlag, 1994.
- RUCHT, Dieter, «Estrategias y formas de acción de los nuevos movimientos», en Russell J. Dalton y Manfred Kuechler (eds.), *Los nuevos movimientos sociales*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1992.
- «Environmetal Policy for the European Community: Problems of Mobilizing Influence in Brussels», manuscrito original, 1996.
- RUCHT, Dieter; RINK, Dieter y BLATTERT, Barbara, *Soziale Bewegungen auf dem Weg zur Institutionalisierung: Zum Strukturwandel «alternativer» Gruppen in beiden Teilen Deutschlands*, Frankfurt am Main, Campus, 1997.
- RUDÉ, Georges, *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848*, Madrid, Siglo XXI, 1978.
- SCOTT, Alan, *Ideology and the New Social Movements*, Londres, Unwin Hyman, 1990.
- TARROW, Sidney, *El poder en movimiento*, Madrid, Alianza, 1997.
- THOMPSON, E. P., *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, 2 vols., Barcelona, Crítica, 1989.
- TILLY, Charles, *Popular Contention in Great Britain, 1758-1834*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1995.
- «Social movements and (all sorts of) other political interactions—local, national, and international— including identities», *Theory and Society*, 27: 453-480, 1998.
- TOURAINE, Alain, *¿Cómo salir del liberalismo?*, Barcelona, Paidós, 1999.
- TUCKER, Kenneth H., «How New Are the New Social Movements?», *Theory, Culture, and Society*, 8: 75-98, 1991.

WEIR, Lorna, «Limitations of New Social Movements Analysis», *Studies in Political Economy*, 40: 73-102, 1993.

RESUMEN

En el contexto de la controversia entre sociólogos e historiadores a propósito de los llamados «nuevos movimientos sociales» (ecologismo, pacifismo, feminismo, defensa de los derechos humanos, etc.), el autor discute varios ejemplos de movimientos «nuevos» y «viejos», para acabar afirmando la naturaleza dialéctica del cambio social.

ABSTRACT

In the context of the controversy between sociologists and historians on the so-called «new social movements» (ecologism, pacifism, feminism, human rights), the author discusses several examples of «old» and «new» movements, concluding with a dialectical definition of social change.

Jesús Casquette es profesor del departamento de Derecho Constitucional e Historia de la Teoría Política de la Universidad del País Vasco.